

LIBRO SESENTA Y UNO.

En las cárceles rehusan recibir á los reos acusados.—Los ponen en libertad y los conducen en triunfo á la municipalidad.—La casa del ayuntamiento foco de la insurreccion.—Campana de rebato.—Llamada.—Henriot en la puerta del Carrousel.—Lo detienen en nombre de la Convencion.—Robespierre en el depósito de la municipalidad.—Collinbal lo arrastra á la casa del ayuntamiento.—Collinbal liberta á Henriot.—Continúa la sesion de la Convencion.—Bourdon del Oise en la tribuna.—Merlin de Thionville.—Tumulto en el esterior.—Henriot quiere echar abajo las puertas.—Se le pone fuera de la ley.—Se retira á la casa del ayuntamiento.—La Convencion nombra á Barras comandante general.—Movimiento en sentido contrario de los agentes de la Convencion y de la municipalidad.—El pueblo se muestra indeciso.—Barras envuelve á la casa del ayuntamiento.—Persiste Robespierre en su inaccion.—Henriot es abandonado por sus tropas.—Gritos de viva la Convencion.—Dulae echa á abajo las puertas de la casa del ayuntamiento.—Lebas se tira un piñetazo.—Robespierre el jóven se precipita por una ventana.—Collinbal arroja á Henriot desde un segundo piso al patio.—Invade Leonardo Bourdon la casa del ayuntamiento.—Es herido Robespierre de un balazo que le rompe la quijada.—Comitiva de los vencidos.—Se les condena á la Consergeria.—Saint-Just y el general Hoche en el pórtico de la cárcel.—Prision de la familia Duplay.—Fouquier-Tinville lee los decretos que ponen fuera de la ley delante de los presos y justifica su identidad.—Los sentenciados conducidos al cadalso.—Imprecaciones y aplausos de los espectadores.—La casa de Duplay.—Madama Duplay estrangulada en la cárcel.—Actitud de Robespierre.—Cae su cabeza.—Juicio sobre Robespierre y sobre la revolucion.

I.

La hora era crítica. Las dos comisiones de gobierno permanecian en las Tullerías mientras estaba suspendida la sesion de la Convencion. Aquella suspension era peligrosa porque la Convencion no tenia en aquellos mo-

mentos mas fuerza que la suya propia. Dar lugar á reflexionar, era volver á la tiranía: el valor no es mas que un acceso en los cuerpos políticos. Asi era, que los conjurados contra Robespierre inquietos por los caprichos de las mayorías y por la falta de resolucion en las opiniones de una asamblea que no tenia fuerza, habian preferido el peligro de obrar solos con ruegos á tener que consultar á la Convencion á cada instante que lo reclamaba la necesidad.

Se ha pretendido que el terror que causaban aquellos grandes nombres escitaba respeto en los carceleros y que ningun calabozo se atrevió á abrirse para los dueños del dia anterior. Sin embargo, el calabozo que se habia abierto á Danton bien podia haberse abierto á Robespierre. Por otra parte, si el nombre de Robespierre podia hacer titubear al carcelero del Luxemburgo, los nombres de Lebas, de Saint-Just y de Couthon no tenían igual prestigio. ¿Cómo fué que los carceleros de tantas cárceles diversas situadas en las estremidades de Paris, que jugaban sus vidas por una desobediencia á las órdenes de las comisiones tuvieron el mismo respeto, á la misma hora, bajo la misma forma y ante tan diferentes acusados? El secreto de este misterio estará quiza en la política temeraria pero astuta de los directores del movimiento. Presentian, segun aseguran los hombres de aquel tiempo, con el instinto del odio y del temor, que el tribunal revolucionario adherido á Robespierre, daria por inocentes á los acusados: que cambiar el tribunal revolucionario era una medida que reclamaban las circunstancias: que el tribunal revolucionario reconstruido, la causa seria larga y terrible: que el pueblo amontonado durante muchos dias alrededor del tribunal no se dejaria arrancar al gran acusado; en fin, que faltarian motivos serios de acusacion contra Robespierre y que volviendo despues de absuelto á la Convencion como Marat; no volveria como perdonado sino como acusador, fueron los motivos que determinaron á los

termidorianos. Dos cosas necesitaban: una acción pronta y un delito aparente. Habían puesto á Robespierre al borde del crimen, y era necesario precipitarlo á los ojos de la representación nacional y dar al sacrificio pronto é irremisible del tirano de la Convención el pretexto de una insurrección del pueblo intentada por él.

Mientras que las comisiones enviaban á los acusados así dispersos en medio del día y por los cuarteles populosos á las cárceles, algunos emisarios confidentiales llevaban á los carceleros la insinuación verbal y secreta para que no los recibiesen. Rechazados de las puertas de las cárceles, las reuniones de gente no podían faltar en formarse alrededor de ellos y acompañarlos en triunfo. De este modo tendrían un crimen que castigar en su aparente desobediencia, tendiendo la sedición como un lazo. Por peligrosa que fuese la sedición del pueblo era menos á los ojos de los enemigos de Robespierre que las fluctuaciones de la Convención y el juicio del dictador. Tal es la versión de los antiguos testigos ó autores de aquella oscura jornada; que es admisible á pesar de su inverosimilitud; pero es también probable que los adictos del partido de Robespierre se evadiesen de la Convención en el momento en que se pronunciaba la prisión y que se apresurasen á intimar á los carceleros la recomendación de no admitir á los acusados. Tal vez hayan coincidido estos dos pensamientos.

Como quiera que sea, cada uno de ellos fué rechazado de la cárcel á donde lo habían dirigido y en seguida arrancados á los gendarmes que los escoltaban, rodeado por un grupo de jacobinos y conducido en triunfo á la municipalidad. Por su parte Payan y Coffinhal, habían lanzado un grito en seguida de los acusados para libertarlos. La misma idea, pero con intención contraria, salía al mismo tiempo de la casa del ayuntamiento y de la comisión de seguridad general: estos querían darla un gefe, aquellos un pretexto para la insurrección.

II.

Sin embargo, la insurrección estaba lejos de ser un juego sin peligro para los enemigos de Robespierre. Era inminente y organizada desde por la mañana en una parte del pueblo de París, y no esperaba más que la señal. Su foco estaba en la casa del ayuntamiento. Fleuriot, Payan, Dobsent, Coffinhal y Henriot permanecían allí desde el día anterior. Los Jacobinos también estaban en sesión permanente bajo la presidencia de Vivier. La municipalidad había recibido de minuto en minuto por sus emisarios noticia de lo que pasaba en la Convención. A la primera noticia de la derrota de Robespierre, había nombrado una comisión ejecutiva compuesta de doce miembros: cada uno de ellos se había apresurado á arengar, insurreccionar y armar á las secciones. La plaza del ayuntamiento se erizaba de bayonetas: los artilleros de Henriot con sus piezas y la gendarmería nacional, prestaban allí el juramento de librar á la Convención de sus opresores; la campana tocaba á rebato en algunas torres de las estremidades de París. La llamada se tocaba en las calles más concurridas de los arrabales de San Antonio y San Marcelo. La guardia nacional acostumbrada á los triunfos de la municipalidad, se reunía en sus puestos. Los diques, los puentes y las plazas inmediatas á la casa de ayuntamiento hasta el Puente Nuevo no eran más que un campamento.

Por el contrario, las cercanías de las Tullerías estaban desiertas y silenciosas como un suelo sospechoso. Los arrabales afluían en bandas amenazadoras á la llamada de los ayudantes de Campo de Henriot y de los emisarios de Coffinhal. Todo presagiaba la victoria á los vengadores de Robespierre, y obraban ya con insolencia. Un mensa-

gero de la Convencion se presentó á la municipalidad para intimarla el decreto de prision de Henriot, y para llamar á Payan y Fleuriot á la barra; fué silbado, insultado y maltratado en la escalera de la casa de ayuntamiento. Aquel pidió recibo del decreto. «Ves á decir á los que te envian, respondió el corregidor Fleuriot, que un día como el de hoy no se dan recibos: di á Robespierre que no tenga cuidado, porque el pueblo está detrás de él.—Di á los malvados que insultan á este gran ciudadano, añadió Henriot con un juramento de cuartel, que estamos deliberando para esterminarlos!...»

La prision de Robespierre, anunciada algunos momentos despues por algunos cómplices escapados de las tribunas, llevó hasta el frenesi la exaltacion de la municipalidad. Henriot tiró del sable y juró que llevaria atados á la cola de su caballo á los malvados que se atrevian á tocar al idolo del pueblo. De pie en medio de sus ayudantes, y junto á una mesa llena de botellas en la antecala de la casa de ayuntamiento, Henriot daba sus consejos en la embriaguez y en el aturdimiento de las imprecaciones. Durante aquella orgía del comandante general, el corregidor arengó al consejo en términos que pintaban sin descubrir la enteramente la insurreccion. Payan redactó un manifiesto en el que denunciaba al pueblo á los opresores del mas virtuoso de los patriotas, Robespierre: de Saint-Just, apóstol de la virtud; y de Couthon *que no tiene mas que el corazon y la cabeza vivos*, decia Payan, *y cuya llama patriótica ha consumido ya el cuerpo.*

III.

Tomadas aquellas deliberaciones, Henriot montó á caballo con las pistolas en la mano y fué á galope al Luxemburgo, llevando un peloton de gendarmeria detrás de

él; recorrió la calle de San Honorato y reconociendo á Merlin de Thionville entre la multitud, lo prendió, lo injurió y lo dejó preso en un cuerpo de guardia. Al llegar á la verja del Carrousel, Henriot quiso penetrar, pero los granaderos de la Convencion, aunque en pequeño número, calaron sus bayonetas contra el pecho de su caballo: un empleado de la Convencion salió al ruido y gritó á los gendarmes: «¡Prended á ese rebelde! Un decreto os lo manda.» Los gendarmes obedecieron á la ley, detienen al general, le hacen apeaar, lo atan con su mismo cinturón y lo arrojaron medio muerto en una de las salas de la comision de seguridad general.

IV.

Mientras que Henriot sucumbia de este modo á las puertas de la Convencion, á Saint-Just, Lebas y Couthon, sus libertadores los llevaban en triunfo hácia la plaza del ayuntamiento. El consejo municipal llamaba á grandes voces á Robespierre. Sabian por el rumor publico que el conserge del Luxemburgo habia rehusado recibirle; se preguntaban si los malvados de la Convencion no habian asesinado al virtuoso ciudadano en el acto mismo de su obediencia á la ley; ignoraban los motivos de su ausencia. Fleuriot, Payan y Coffinhal, tranquilizaron bien pronto al consejo, y aumentaron el entusiasmo refiriendo la abnegacion de Robespierre.

He aqui lo que pasó.

Robespierre queria morir ó triunfar puro, al menos en la apariencia, de toda complicidad en la insurreccion. Rodeado en la puerta del Luxemburgo y suplicándole que se pusiese á la cabeza del pueblo para castigar á la Convencion, se obstinó en permanecer en poder de los gendarmes que lo custodiaban; se habia hecho conducir

bajo su escolta al depósito de la municipalidad, palacio que ocupó despues la prefectura de policia. Allí todas las instancias de los jacobinos y todos los mensajes de Fleuriot y de Payan no pudieron decidirle á violar la órden de su prision. Preso por consecuencia de una ley de sus enemigos, queria triunfar ó sucumbir vencido por la ley. Creia que el tribunal revolucionario lo absolveria, pero aun cuando lo condenase, la muerte de un justo, decia, seria menos funesta á la república que el ejemplo de una rebelion contra la representacion nacional. Robespierre confinado voluntariamente tres horas en la prefectura de policia, no cedió sino á una patriótica violencia de Coffinhal que fué á dispersar á los gendarmes, sacarlo de su prision y llevarlo á la sala del consejo general de la municipalidad. «Si hay crimen será mio, y si hay gloria será para tí y la libertad del pueblo, le dijo Coffinhal. Los escrúpulos son para el crimen, jamás para la virtud. Salvándote, salvas la libertad y la patria. Atrévete á ser criminal á este precio.»

V.

Pero en el mismo momento en que Robespierre, arrebatado, mas bien que llevado por Coffinhal, entraba en la sala del consejo ahogado por los abrazos de su hermano, de Saint-Just, de Lebas, y de Couthon, les anunciaron la prision de Henriot. Coffinhal sin perder un momento bajó á la plaza, arengó á algunos pelotones de seccionarios, hizo que lo siguiesen, se armó con un fusil y marchó á la cabeza de aquella columna á la comision de seguridad general. Se lanzó con su arma en la mano en los corredores y en las salas exteriores de la parte de las Tullerías en donde estaba establecida la comision; allí encontró á Henriot dormido por la embriaguez; lo puso en

libertad, le hizo subir á su caballo, que aun permanecia atado á la reja del Carrousel, y lo llevó á sus artilleros. Despertado Henriot, animado, libre y ardiendo por vengar su vergüenza, se precipitó hácia sus baterias, y volvió las piezas contra la Convencion.

VI.

Eran las siete de la tarde. Esta era la hora en que los diputados dispersos volvian á la sesion. La consternacion se mostraba en todos los semblantes. En voz baja se comunicaban los siniestros presagios que habian recogido durante las horas de inaccion; el juramento de los Jacobinos de morir ó triunfar con Robespierre, la evasion de los presos, los grupos sediciosos amontonándose en los arrabales, la campana que sonaba á lo lejos, las secciones que se reunian á la municipalidad, los cañones apuntados hácia las Tullerías, la soledad que reinaba al rededor de la Convencion, la temeridad de las comisiones en despreciar á un pueblo armado con la fuerza abstracta de ley, la proximidad de tres mil jóvenes alumnos de la nacion, los pretorianos de Robespierre acudiendo desde el Campo de Marte á la voz de Labreteche y de Souberbielle para inaugurar con sangre el reinado del nuevo Mario. Los tímidos exagerando el peligro, los indecisos aumentándolo, y los cobardes apareciendo á las puertas, sondeando el terreno y desapareciendo. Los miembros de las comisiones espulsados del sitio ordinario de sus sesiones por la invasion de Coffinhal, advertidos de la presencia de Henriot en el Carrousel, deliberaron en pie en un gabinete próximo á la sala de las sesiones públicas. Toda la fuerza legal descansaba en solo ellos. La salvacion de la Convencion estribaba en su actitud; una palabra podia perderla, una señal salvarla.

En aquel momento la Convencion se elevó á la altura

de su peligro, y no desesperó de la representación nacional, ante los cañones apuntados contra el recinto de las leyes.

Bourdon del Oise apareció en la tribuna. Todas las conversaciones particulares cesaron. Bourdon anunció que los Jacobinos acababan de recibir una diputación de la municipalidad y que habían fraternizado con los insurgentes. Aconsejó á la Convención que fraternizase también con el pueblo de París y que calmase, mostrándose como en el 31 de mayo, la efervescencia de los ciudadanos. Merlin refirió su arresto por los satélites de Henriot y su libertad por los gendarmes. Legendre, que volvió á ballar en lo desesperado de las circunstancias y en la ausencia de Robespierre la energía de sus primeros días, enardeció los ánimos abatidos. Un tumulto exterior le interrumpió.

Era Henriot que acababa de mandar á sus artilleros que echasen abajo las puertas. Billaud Varennes denunció aquel atentado. Algunos diputados se precipitaron fuera del salón. Collot de Herbois ocupó su puesto de presidente. Aquel asiento situado en frente de la puerta, debía recibir los primeros disparos. «Ciudadanos, exclamó Collot cubriéndose y sentándose; ved aquí el momento de morir en nuestros puestos.—Moriremos» le respondió la Convención entera sentándose como para esperar el golpe. Los ciudadanos de las tribunas, electrizados por aquella actitud, se levantaron jurando defender la Convención, y salen en tumulto y se esparcieron en los jardines, en los patios y en los barrios inmediatos gritando: «¡A las armas!» La Convención dió un decreto poniendo fuera de la ley á Henriot. Amar salió escoltado por sus más intrépidos colegas y arengó á las tropas. «Artilleros, les dijo, ¿deshonraris á vuestra patria despues de haber merecido por tantas veces su benevolencia? Ved ese hombre que está embriagado. ¿Quién sino un ébrio pudiera mandar hacer fuego contra la representación y contra la patria?»

VII.

Conmovidos los artilleros por aquellas palabras, é intimidados por el decreto, rehusaron obedecer á su jefe. Henriot, casi abandonado, trasladó con trabajo sus piezas á la plaza del ayuntamiento. El audaz Barras fué nombrado en su lugar comandante general de la guardia nacional y de todas las fuerzas de la Convención. Le dieron para que le auxiliasen á Freron, Leonardo Bourdon, Legendre, Goupilleau de Fontenay y á Bourdon del Oise, hombres todos de resolución. Se nombraron doce comisionados para que fuesen á fraternizar con las secciones, ilustrar el espíritu público y reunir la guardia nacional á la Convención. Las columnas de los seccionarios que marchaban hácia la casa del ayuntamiento se desbandaron. Sus pelotones se dispersaron al impulso contrario de los agentes de la municipalidad ó de los comisionados de la Convención. Unos prosiguieron su camino hácia la plaza de Greve, los otros fueron á formarse en batalla bajo el mando de Barras alrededor de las Tullerías. El pueblo, atraído en sentido opuesto y cansado ya de convulsiones, oyó alternativamente las proclamas de la municipalidad y los decretos de la Convención que declaraban fuera de la ley. No sabia de que lado estaba la justicia, vaciló, y se detuvo indeciso.

VIII.

La noche envolvía ya con sus sombras las reuniones, que se dispersaban alrededor de las Tullerías. Barras y los diputados militares que le acompañaban, recorrían á

la luz de hachas de viento los barrios del centro de París, llamando en alta voz á los ciudadanos para que auxiliasen á la representación contra una horda de facciosos. Un ejército, ó por mejor decir, un puñado de hombres decididos, compuesto de ciudadanos de todas las secciones, de gendarmes y algunos artilleros tráfugas de Henriot, formó en número de mil ochocientos hombres alrededor de la Convencion. Barras podía engrosar este número antes de que amaneciese; pero conocía el valor del tiempo y el poder de la audacia. Improvisó con sangre fría un plan de operaciones que puso en práctica con prontitud: hizo rodear con astucia la casa del ayuntamiento por algunos destacamentos que se deslizaron por medio de calles escusadas, cortando de esta suerte los refuerzos y la retirada á los insurgentes. El mismo marchó lentamente llevando los cañones á vanguardia por los diques sobre la casa del ayuntamiento. Leonardo Bourdon siguió con otra columna por las calles estrechas y paralelas á los diques, avanzando del mismo modo para desembocar por otro lado á la estremidad de la plaza de Greve. A medida que Barras y Bourdon avanzaban hácia el foco de la insurreccion, parecia que se disminuía el murmullo del pueblo alrededor de la casa del ayuntamiento.

El tumulto se calmó á medida que se acercaban. La noche combatía en su favor. Asegurado Barras por la solidez de los diques, mandó hacer alto á las cabezas de sus columnas y fué á galope á la Convencion: entró en el salon, subió á la tribuna, y su continente marcial, sus armas y sus palabras, restituyeron la confianza en los ánimos. Tranquila la Convencion, Barras volvió á montar á caballo á las voces de ¡Viva la república! ¡Viva el salvador de la Convencion! Freron y sus ayudantes de campo le siguieron en la tribuna y dieron cuenta del estado de París por el lado del Campo de Marte. «Hemos cortado la marcha á los alumnos de la patria, que el traí-

dor Lebas se habia encargado de sublevar en favor de Robespierre, dijo Freron; hemos enviado algunos artilleros patriotas para que recorran las filas de sus camaradas estraviados en la plaza del ayuntamiento, y traerlos á su deber. Ahora vamos á marchar á intimar á los revoltosos que si rehusan entregarnos á los traidores, los enterraremos en las ruinas de aquel edificio.»

Tallien ocupó la silla del presidente. «¡Partid! dijo con energética voz á Freron y á sus colegas; partid, y que el sol no salga antes que hayan caido las cabezas de los conspiradores.»

IX.

Sin embargo, Robespierre persistía en el ayuntamiento en la impasibilidad que se habia impuesto: tenia mas bien trazas de estar en rehenes, que de ser jefe de la insurreccion. Coffinhal, Henriot y Payan, sostenian solos la energía del consejo y la adhesion del pueblo. Ninguno de ellos tenia la suficiente popularidad para dar su nombre á un movimiento tan grande. Robespierre les rehusaba el suyo; de suerte, que se vieron en la precisión de violentarlo para salvarlo y salvarse con él. «¡Oh si yo fuese Robespierre!» le dijo Coffinhal. Al salir de la prefectura de policía para ir á la casa de ayuntamiento, Robespierre no cesó de repetir á la diputacion que lo acompañaba: «¡Vosotros me perdeis, y os perdeis á vosotros mismos! ¡vosotros perdeis á la república!» Desde que llegó al consejo municipal afectó permanecer indiferente á los movimientos que se agitaban á su alrededor. Saint-Just y Couthon le suplicaron que cediese á la voz del pueblo que con sus gritos le confería la dictadura y que ejerciese el poder por una noche para abdicarlo al día siguiente en la Convencion ya depurada. «El

pueblo, le decía Couthon, solo espera una palabra de ti para destruir á los tiranos y á tus enemigos. Dirígele al menos una proclama que le indique lo que ha de hacer. — ¿En nombre de quien? preguntó Robespierre. — En nombre de la Convencion oprimida, respondió Saint-Just. — Acuérdate del dicho de Sertorio, añadió Couthon.

¡Roma no está ya en Roma; está en donde yo estoy!

— No, no, replicó Robespierre, yo no quiero dar el ejemplo de la representacion nacional avasallada por un ciudadano; nada somos sino por el pueblo, y no debemos sustituir nuestra voluntad á sus derechos. — ¡Entonces, exclamó Couthon, solo nos resta morir! — Tú lo has dicho, replicó flemáticamente Robespierre, que parecía resuelto á sacrificarse como víctima antes que triunfar como faccioso; reclinándose en la mesa del consejo. — Pues bien; tú nos matas, le dijo Saint-Just. » Robespierre tenía á la vista un pliego de papel con el sello de la municipalidad de París. Aquel papel contenía una llamada á la insurreccion, redactada apresuradamente por uno de los miembros del consejo. Robespierre instado por sus colegas había escrito la mitad de su nombre al fin de la hoja; pero detenido por sus escrúpulos y por su indecision, y dejando sin concluir su firma, rechazó el papel, tirando la pluma. Aquella accion, que perdía á sus amigos, no le degradó en su concepto.

Couthon se reprendía á sí mismo el no elevarse hasta aquella abnegacion del patriotismo; Lebas, hombre de ánimo, se sentía encadenado por la admiracion; Robespierre el jóven, buscaba el cumplimiento de su deber en los ojos de su hermano. Saint-Just, con respetuoso silencio, no se atrevía á combatir un pensamiento que creía superior al suyo, si no por el genio, al menos en virtud. Esperaba que el oráculo se pronunciase por la

voz del pueblo, dispuesto á seguir á su dueño á la dictadura ó á la muerte.

Solo Payan trataba de mantener en los noventa y dos miembros de la municipalidad, en el pueblo de las tribunas y en las masas que llenaban la casa del ayuntamiento, la constancia y el ardor de la insurreccion. Creía inflamar á los cómplices de la municipalidad por la indignacion, y quitarles todo refugio que no fuese la victoria, leyéndoles los decretos que ponían fuera de la ley y que acababa de dictar la Convencion, añadiendo artificiosamente á aquella lista los espectadores de las tribunas, esperando de este modo confundir al pueblo y la municipalidad en la misma suerte. Aquella astucia de Payan, que todo lo podía salvar, lo perdió todo. Apenas había leído el falso decreto, cuando la multitud que ocupaba las tribunas se evadió, como si hubiera visto brillar la cuchilla de la Convencion en su decreto. Las tribunas arrastraron en su fuga á las masas de seccionarios, cansados ya de un movimiento que se volvía al cabo de siete horas contra sí mismo. La mayor parte de la noche se pasó en aquellas oscilaciones. Las dos sonaron en el reloj de la municipalidad.

X.

Al mismo tiempo la tropa de Leonardo Bourdon, que se había deslizado en silencio por las calles laterales al muelle, hacía alto antes de desembocar en la plaza de Greve al grito de *¡Viva la Convencion!* En vano Henriot con sable en mano, y galopando como un insensato en medio del gentío que atropellaba, respondió á aquel grito con el de *¡Viva la municipalidad!* El desprecio universal por aquel gefe, el desorden de sus movimientos, la descompostura de sus ademanes, su aspecto de embria-

guez, las calles cortadas y la aproximación de las columnas, esparcieron el desaliento en las filas de los seccionarios. Los artilleros cubrieron de silbidos á su estúpido general, volvieron las bocas de sus piezas contra la casa de ayuntamiento ó hicieron resonar en las plazas y en los malecones un inmenso grito de ¡Viva la Convención! dispersándose en seguida.

La columna de Barras se detuvo á aquel grito para dejar evacuar la plaza. En pocos minutos todo se desvaneció ó se unió á los batallones de la Convención.

Un profundo silencio reinaba en las puertas del ayuntamiento. Leonardo Bourdon temió un lazo en aquella inmovilidad, creyendo que los insurgentes fortificados en las salas, querían bñtir á las columnas y enterrarse en las ruinas de la casa. Un mútuo terror dejó por mucho tiempo desocupada la plaza de Greve, y separados los sitiados y los sitiadores. En fin, Dulac, agente resuelto de la comision de seguridad general, puesto á la cabeza de veinte y cinco zapadores y de algunos granaderos, atravesó la plaza, derribó las puertas á hachazos y subió la escalera calando bayoneta.

XI.

Al estruendo de los pasos, Lebas armado con dos pistolas, ofreció una á Robespierre, pidiéndole que se diese la muerte. Robespierre, Saint-Just y Couthon rehusaron suicidarse, prefiriendo morir á manos de sus enemigos. Sentados impasiblemente alrededor de una mesa de la sala de la *Igualdad*, escucharon el ruido de los que subían, miraron á la puerta y esperaron su suerte.

Al primer culatazo que oyeron en las escaleras, Lebas se tiró un pistoletazo en el corazón cayendo muerto en brazos de Robespierre el jóven. Este, aunque seguro de

su inocencia y de su absolucion, no quiso sobrevivir á su hermano ni á su amigo. Abrió una ventana y se precipitó al patio, rompiéndose una pierna en la caída. Coffinhal, haciendo resonar con sus pasos y sus imprecaciones las salas y galerías encontró á Henriot aturdido por el ruido y por la embriaguez, le echó en cara su glotonería y su falta de valor y asiéndolo en sus brazos lo llevó hacia una ventana abierta, arrojándolo desde el segundo piso sobre un monton de imundicias diciendo: «¡Ve, miserable borracho, le dijo al arrojarlo, no eres digno del cadalso!»

Entretanto Dulac, tranquilo por el estado de la casa de ayuntamiento, habia enviado á uno de sus granaderos para advertir á la columna de Bourdon del libre acceso del interior de la casa.

Leonardo Bourdon formó su tropa en batalla delante del peristilo y subió acompañado de cinco gendarmes y alguna tropa; se precipitó con Dulac y los que le seguian en la sala de la *Igualdad*. La puerta cedió á los culatazos de los granaderos. «¡Muera el tirano!—¿Quién es el tirano?» preguntaron los soldados, y Leonardo Bourdon no se atrevió á resistir las miradas de su desarmado enemigo. Situado detrás del peloton y cubierto por el cuerpo de un gendarme llamado Meda, tomó con la mano derecha el brazo del gendarme que tenia una pistola, y señalando con la izquierda al que debia apuntar, dirigió el arma contra Robespierre diciendo al gendarme: «¡Ese es!» sale el tiro y cae Robespierre hacia adelante manchando con su sangre la proclama que no habia acabado de firmar. La bala le habia atravesado el labio inferior y roto la encía. Couthon se quiso levantar, vaciló sobre sus piernas baldadas, y cayó debajo de la mesa. Saint-Just permaneció sentado é inmóvil, mirando tristemente á Robespierre, y con orgullo á sus enemigos.

XII.

Al estruendo de los tiros y de los gritos de *viva la Convencion*, las columnas de Barras desembocaron en la plaza, escalaron la casa del ayuntamiento cerrando todas las salidas; apoderáronse de Henriot, Payan, Duplay y de los ochenta miembros de la municipalidad, los ataron preparándose á llevarlos en triunfo á la Convencion. Coffinhal consiguió escaparse á favor de la confusion general; derribó la puerta de una sala baja refugiándose en el río en un barco de lavanderas, de donde el hambre le hizo salir descubriéndole al dia siguiente.

Seguido Barras de la larga fila de presos, volvió á tomar con sus columnas el camino de la Convencion. Los primeros albores de la mañana empezaban á distinguirse. Robespierre llevado por cuatro gendarmes en una camilla y con la cara envuelta con un pañuelo lleno de sangre, abría la marcha. Los que llevaban á Couthon le habian dejado caer y rodar al suelo por descuido en la esquina de la plaza de Greve. Tenia sus vestidos manchados y rotos, dejando desnuda parte de su cuerpo. Robespierre el jóven se desmayó y lo llevaban dos hombres del pueblo. El cadáver de Lebas iba cubierto con el tapete de una mesa, manchado de sangre. Saint-Just con las manos atadas por delante, la cabeza descubierta, los ojos bajos y recogido en la resignacion y no en la venganza, seguia á pie.

A las cinco, la cabeza de la columna entró en las Tullerías. La Convencion esperaba el desenlace sin temerlo. Un estremecimiento tumultuoso anunció la proximidad de Barras y Freron. Charlier presidia: «El cobarde Robespierre está allí, dijo señalando á la puerta. ¿Queréis que entre?—No, no!» respondieron los representantes unos por horror y otros por compasion. «Presentar en la Con-

vencion el cuerpo de un hombre cubierto con todos los crímenes, exclamó Thuriot, seria quitar á esta hermosa jornada el brillo que le conviene. El cadáver de un tirano no puede traer mas que un contagio. El puesto que está señalado para Robespierre y sus cómplices, es la plaza de la Revolucion.»

Leonardo Bourdon, ébrio por el triunfo, contó su expedicion y presentó á la Convencion el gendarme que habia tirado á Robespierre. Lengendre entró armado con dos pistolas, anunciando que habia dispersado á los Jacobinos y cerrado él mismo las puertas de su sala, arrojando las llaves sobre la tribuna.

XIII.

Depositado Robespierre en una antesala, estaba tendido en una mesa, sirviéndole una silla vuelta de almohada. Un inmenso gentío entraba, salía, y se renovaba continuamente para mirar desde lo alto de las banquetas al dueño de la república abatido. Algunos diputados entre sus aduladores del dia anterior, venian á asegurarse de que el tirano no se levantaria mas. Nada le perdonaban en la agonía, ni las inyectivas, ni las miradas, ni los desprecios. Los ugieres de la Convencion lo señalaban con la mano á los espectadores como si fuese un animal feroz en su jaula, y él se fingió muerto para librarse de los insultos y de las inyectivas de que era objeto. Un empleado de la comision de salud pública, que se alegraba de la caída de la tiranía, pero que compadecia al hombre, se acercó á Robespierre, le quitó una liga, le bajó la media y poniendo la mano en la pierna, sintió las pulsaciones de la arteria que revelaban su plenitud de vida: «Es necesario registrarlo» dijo á la multitud. En los bolsillos de su casaca encontraron dos pistolas enfun-

dadas, en las que había grabadas las armas de Francia. «¡Ved al maldado, exclamaron los espectadores, la prueba de que aspiraba al trono, es que trae los símbolos proscriptos de la soberanía!» Aquellas pistolas metidas en su funda y cargadas, prueban que Robespierre no se disparó el tiro que lo había herido.

En aquel momento, Legendre pasó á la sala y se aproximó al cuerpo de su enemigo, y apostrofándole en un tono teatral: «¡Y bien, tirano! le dijo con acción despreciativa: ¡Tú para quien la república no era bastante grande ayer, hoy no ocupas mas que dos pies de ancho en esa pequeña mesa!» Robespierre debió oír con horror y con desprecio aquella voz, que con una sola mirada había abagado tantas veces en la Convencion y cuyas adulaciones le repugnaban desde la muerte de Danton. Aunque inmóvil, lo veía y lo oía todo. La sangre que manaba de su herida se cuajaba en su boca, y reanimándose se la limpió con una funda de las pistolas. Su mirada apagada, empero escrutadora, se dirigía á la multitud como para buscar compasión ó justicia, pero no descubrió mas que aversion y cerró los ojos. El calor que había en la sala era sofocante; una calentura ardiente daba color á sus mejillas y el sudor inundaba su frente. Nadie le ofreció la mano. A su intermediación habían puesto una copa con vinagre y una esponja. De cuando en cuando la empapaba y se humedecía los labios.

Después de aquella larga esposición en la puerta de la sala, desde donde el vencido oía la esplosion de la tribuna contra él, le trasportaron á la comision de seguridad general. Billaud Varennes, Collot de Herbois y Vadier, los mas implacables de sus enemigos, le esperaban allí. Le interrogaron por fórmula; sus miradas respondieron únicamente, y los jueces abreviaron su suplicio y su alegría. Transportado al hospital, los cirujanos reconocieron y curaron su herida. Robespierre encontró en la sala de heridos á Couthon, llevado allí como enfermo; á Henriot,

con los miembros mutilados por la caída, y en fin, á su hermano, cuya fractura habían curado ya. Después de la cura todos los heridos fueron trasladados á un mismo calabozo de la Consergería, en donde los esperaba Saint-Just, al lado del cadáver de Lebas.

Al entrar en la Consergería, Saint-Just se encontró en el postigo interior al general Hoche, que él mismo había mandado encerrar pocas semanas antes. Hoche en vez de insultarlo por su caída, se apartó con los ojos bajos para dejar pasar al jóven procónsul. Los héroes respetan la desgracia hasta en los que los han proscripto.

El corregidor Fleuriot-Lescot, Payán, Dumas, Vivier, presidente de los Jacobinos, la vieja Lavalette, Duplay, su muger y sus hijas, huéspedes de Robespierre, desde el Luxemburgo á donde los habían llevado al principio, fueron trasladados también á la Consergería.

A las tres, los condujeron al tribunal revolucionario. La Convencion estaba ya tan segura de la obediencia, que no había cambiado de instrumentos. Los jueces y los jurados eran los mismos que en el día anterior se disponían á enviar á la muerte á los enemigos de los que iban á sacrificar. Fouquier-Tinville leyó con el mismo acento de rigurosa convicción los decretos que los ponían fuera de la ley, limitándose á hacer constar la identidad de las personas. Fouquier no se atrevió á dirigir la vista á Dumas, su colega en el tribunal revolucionario, ni á Robespierre su patrono.

A las cinco, las carretas esperaban á los sentenciados al pie de la escalera principal. Robespierre, su hermano, Couthon, Henriot y Lebas, eran ó unos restos humanos ó unos cadáveres. Los ataron por las piernas, por el cuerpo, y por los brazos á los maderos del primer carro. Los vaivenes que ocasionaba el empedrado, les arrancaban gritos y gemidos de dolor. Los dirigieron por las calles mas largas y mas concurridas de Paris. Las puertas, las ventanas, los balcones y aun los tejados, estaban encumbra-

dos de espectadores, y sobre todo de mugeres, con sus mejores adornos, que aplaudían el suplicio creyendo espiar el terror, execrando al hombre que le habia dado su nombre «¡A la muerte! ¡a la guillotina!» esclamaban junto á las ruedas, los hijos, los parientes y los amigos de las víctimas. El pueblo, escaso en número y taciturno, miraba sin dar ninguna señal, ni de pena ni de satisfaccion. Algunos jóvenes á quienes habian guillotinado sus padres, y muchas mugeres privadas de sus maridos, atravesaban de cuando en cuando la fila de gendarmes para llenar de imprecaciones á Robespierre. Al parecer, temian que la muerte no les quitase el grito y la satisfaccion de su venganza. Robespierre llevaba la cara envuelta en un pañuelo manchado de sangre, que le sostenia la barba, y este pañuelo estaba anudado sobre la cabeza. No se le descubria mas que una megilla, la frente y los ojos. Los gendarmes de la escolta lo mostraban al pueblo con la punta de los sables. El volvía la cabeza y encogia los hombros, como si tuviese compasion del error que imputaba á él solo tantas maldades como cubrian su nombre. Toda su inteligencia respiraba en sus ojos: su actitud indicaba la resignacion y no el temor: el misterio que habia cubierto su vida cubria su pensamiento. Murió sin revelar su última idea.

XIV.

Delante de la casa del artesano donde habia vivido, cuyos miembros todos, padre, madre é hijos estaban ya presos, una banda de mugeres detuvo el conveoy y bailó en círculo alrededor de la carreta.

Un niño que llevaba en la mano un cubo de carnicero lleno de sangre de vaca, mojó en él una escoba y roció las paredes de la casa. Robespierre cerró los ojos du-

rante aquel alto, para no ver insultado el umbral de unos amigos á quienes habia sumido en la desgracia. Esta fué su única accion de sensibilidad, durante las treinta y seis horas de su suplicio.

En la noche de aquel mismo día, aquellas furias de la venganza, invadieron la cárcel á donde se hallaba la muger de Duplay y la ahogaron, colgándola despues en la varilla de una cortina.

El conveoy siguió su marcha; Couthon iba cavilando, Robespierre el jóven enternecido. Las sacudidas de la carreta, que renovaban la fractura de su pierna, le hacían dar gritos involuntarios; Henriot tenia la cara embadurnada de sangre, como los beodos á quienes se recoge en medio de un arroyo; le habian quitado su uniforme, y no llevaba otro vestido que la camisa manchada de barro. Saint-Just, vestido decentemente, con el pelo cortado, pálido el semblante, pero sereno, no afectaba en su actitud ni humillacion ni orgullo. En la elevacion de su mirada, se veía que la dirigia mas allá del tiempo y del suplicio, y que su pensamiento le seguía al cadalso como le hubiera seguido al triunfo, sabiendo por qué iba á morir y no acusando al destino porque moría por su fidelidad á sus principios, á su maestro y á la mision que éste le habia dado. Ser incomprendible é incompleto, compuesto únicamente de inteligencia y sin mas pasiones que las del espíritu: faltábale enteramente el órgano del corazon á su naturaleza así como á su teoría. Hombre sin corazon no reconvenía en nada á su abstracta conciencia y murió odiado y maldecido sin reconocerse culpable. ¡Ceguedad moral que conduce al abismo cuando se cree marchar hácia la libertad del mundo y hácia la admiracion de la posteridad! Causa sorpresa ver tan tierna juventud en el dogmatismo de las ideas, tanta gracia en el fanatismo y tanta conciencia en la impassibilidad.

Elegados al pié de la estatua de la Libertad, los ejecutores llevaron á los heridos al tablado de la guillotina.

Ninguno de ellos dirigió la palabra ni acusó al pueblo; leyeron su juicio en la actitud sorprendente de la multitud. Robespierre subió con paso firme las gradas del cadalso. Antes de soltar la cuchilla, los verdugos le arrancaron el vendaje que envolvía su barba, para que el lienzo no mellase el filo del hacha, lo que le hizo dar un rugido de dolor físico, que se oyó en el otro extremo de la plaza de la Revolución. La multitud calló y un golpe sordo de la cuchilla, dividió del tronco la cabeza de Robespierre. Una larga respiración de la multitud, seguida de un inmenso aplauso sucedió al golpe fatal.

Saint-Just apareció entonces en pie encima del cadalso: alto, delgado, inclinada la cabeza, con los brazos atados y con los pies sobre la sangre de Robespierre, dibujábase como un fantasma á través de un cielo alumbrado con los últimos crepúsculos de la tarde. Murió sin desplegar los labios, llevándose su aceptación ó su protesta interior respecto á su muerte. Tenia veinte y seis años y dos días.

Pusieron los veinte y dos cuerpos mezclados en un mismo carro, y con ellos el cadáver de Lebas.

XV.

Algunas semanas despues, una muger jóven, vestida como una lavandera y llevando un niño de seis meses en los brazos se presentó en la casa de huéspedes que habitó Saint-Just y pidió que la dejasen hablar en secreto con la hija del dueño de la casa. La forastera era la viuda de Lebas, hija de Duplay. Despues del suicidio de su marido, del suplicio de su padre, del asesinato de su madre y de la prision de sus hermanas, madama Lebas cambió de apellido, se vistió como muger del pueblo y ganaba su vida y la de su hijo, lavando ropa en los bar-

cos que sirven para este uso en el rio. Algunos republicanos perseguidos eran los únicos que sabian este cambio, y se admiraban de su valor. No le quedaba ni herencia ni vestigios, ni aun el retrato de su marido. Adoraba en silencio su recuerdo.

La jóven fugitiva, supo que la patrona de Saint-Just, pintora de profesion, poseia un retrato del discípulo de Robespierre, el cual habia pintado antes de que lo llevarsen al suplicio. Descaba ardientemente poseer aquella pintura, que al menos la recordaria á su marido en la imagen del jóven republicano, colega y amigo el mas querido de Lebas. La jóven artista reducida á la indigencia por la prision de su propio padre, perseguido como patron de Saint-Just, pidió seis luises por su trabajo. Madama Lebas no poseia esta suma. No habia salvado del secuestro sino un cofre de vestidos, alguna ropa blanca y los trages de novia, que era su única fortuna. Le ofreció aquel cofre con todo lo que contenia por precio del retrato. El pacto quedó concluido, y la pobre viuda llevó por la noche sus ropas, y adquirió á tanta costa aquel tesoro. Asi se ha conservado por el amor conyugal para la posteridad, la única imagen de aquel jóven revolucionario, bello, fantástico, sombrío como una teoría, pensativo como un sistema y triste como un presentimiento. Aquella pintura es mas bien el retrato de una idea que el de un hombre, se parece á un sueño de la república de Dracon.

XVI.

Tal fué el fin de Robespierre y de su partido, sorprendido y sacrificado en la obra que meditaba para hacer entrar al terror en la ley, á la revolución en el orden y á la república en la unidad. Destruído por hombres unos peores y otros mejores que él, tuvo la gran desgra-